



PREGÓN DE LAS FIESTAS DE NUESTRA
SEÑORA DEL SOCORRO EN GÜIMAR.
“La Romería más antigua de Canarias”

Parroquia de San Pedro de Güímar, 1 de septiembre de 2011

Nuestra bienvenida alegre y solidaria a la gente que, desde todos los lugares, nos acompañan en estas fechas de septiembre que cierran dos hitos prodigiosos en la admirable existencia de la Doncella de Nazareth de tan noble, larga y emotiva celebración en este hermoso y próspero Valle de Güímar.

El hecho, que me honro en pregonar por la generosa invitación del ilustrísimo señor Párroco de Güímar, mi buen amigo y paisano Pedro José Pérez Rodríguez, tiene por marco temporal la fecha en la que la Iglesia Católica conmemora con gozo y esperanza el Nacimiento sin mancha de la Virgen María, la elegida por Dios para reconciliar el cielo y la tierra, para sellar con amor la nueva Alianza, para abrir, frente al Reino de Justicia, una esperanzada estancia de gracia.

A estas manifestaciones de un católico de a pie, de un hombre que, con sus ilusiones y límites, cree en la esperanza, uno mi condición de Presidente de la primera institución de Canarias y, en ese carácter, expreso el inmenso honor por compartir una celebración que une la fe y la historia, la tradición y la cultura.

En el ecuador del verano, y en el municipio vecino y mariano, celebramos la gloriosa Asunción de Nuestra Señora a los cielos en el espacio sacro que guarda la venerada imagen, bajo la diáfana arquitectura de Marrero Regalado y escoltada por los coloristas murales del gomero José Aguiar, que relatan la historia de su llegada y la dimensión y el arraigo de su pueblo.

El Valle de Güímar tiene el incuestionable protagonismo de la mayor actividad evangelizadora previa a la conquista, un título de “paz, que no fue traición”, como explicó en una destacada monografía un güimarero ilustre cuya amistad me honró hace años, cuando Canarias iniciaba con firmeza y alegría su camino hacia el autogobierno.

Me refiero, como todos ustedes saben, a Pedro Guerra Cabrera, primer presidente del Parlamento de Canarias y recordado alcalde de este municipio que, con una notable tradición agraria, afronta el futuro con excelentes perspectivas en el sector industrial y de servicios.

Entre los legados de esta sociedad de variadas influencias, tenemos que valorar un hecho de especial relevancia y es la estrecha relación de esta tierra, colonizada por el esfuerzo de sus gentes, con la temprana creación de un centro espiritual, que cuidaron con especial unción los guanches; que sintieron y defendieron como propio los colonos de las cuatro esquinas cardinales y que le dio a Chimisay, la actual Playa del Socorro, un incuestionable carácter insular, que afortunadamente conserva, y que entre todos, instituciones y particulares debemos cuidar y fomentar.

Como dice la afortunada copla, “La Virgen tiende su manto desde la cumbre nevada hasta la arena negra”, en los predios de Tenerife y en los otros enclaves donde se extendió el culto mariano. Pero este Valle, transformado por los nuevos sectores económicos, fue, es y será Tierra de María Santísima, geografía para la fe y para el milagro, fe personal y colectiva y prodigio que el hombre y la mujer agradecida guardan en el fondo de su corazón, reservado a la gratitud y a los sentimientos más profundos.

La advocación mariana llegó antes que las lanzas y las espadas, antes que las ambiciones materiales movieran las conquistas y antes de que los pobres de otras tierras buscaran oportunidades más allá de sus rincones natales. Desde aquí, y con el sello de Tenerife se exportó hacia los otros mundos que la Corona ganaba al otro lado del Atlántico.

En la etapa prehispánica, los dos menceyatos más importantes fueron Taoro, con mando en toda la jurisdicción del Valle de La

Orotava y Güímar en la cara este. No resulta extraño que a este cantón, próspero y con litoral asequible, arribara la Extranjera que, desde su llegada, ejerció oficios de paz.

Este pueblo, pues, comparte con él vecino el privilegio de la acogida a Nuestra Señora que, desde el arisco bajío de Chimisay, fue trasladada a la cueva del Mencey, donde se veneró durante medio siglo por lo que fue, en puridad, el primer santuario Mariano de la isla. Ese es un hito y un mérito que nadie puede ni debe olvidar, porque anunciamos hoy la más antigua y genuina de cuantas romerías celebramos en nuestras islas.

La historia y la leyenda se resumen en un cuadro del pintor Javier Eloy Campos que, constituye la pieza más representativa de la renovada ermita del Socorro que, derrumbada en 1970, fue reconstruida y bendecida por nuestro actual obispo don Bernardo Alvarez, después de realizar un ambicioso estudio arqueológico de la zona, que descubrió las cuevas originales. En 2007, la nueva iglesia fue abierta a los fieles y se convirtió otra vez en el escenario central de estas fiestas de septiembre que conmemoran la gloriosa venida de la Madre de Dios.

La Romería del Socorro reúne, pues, la antigüedad, la legitimidad histórica y la síntesis del máximo interés religioso y cultural. Porque aquí concurren la fe que mueve a los peregrinos y la memoria histórica que hace acudir a los isleños de toda condición a una celebración implicada en las entrañas de su identidad.

En esta hermosa iglesia basilical, parroquia matriz de todas las del municipio, llamamos a los tinerfeños a un solemne voto con nuestro pasado y a un compromiso de proyección de las tradiciones que permitirán, en el futuro, que nuestros herederos se reconozcan en nuestra historia y en nuestras costumbres; que sean un pueblo con acento, estilo y voluntad propios en ese horizonte gris y uniforme de la globalización.

Proteger la suma de singularidades es el mejor propósito que le cabe a los pueblos abiertos, porque es garantizar con la misma convicción y alegría con la que cuidamos nuestro acervo material y espiritual, el respeto a las peculiaridades ajenas.

El Valle de Güímar y, en particular, el histórico lugar de El Socorro, cuyo conjunto mereció con todos los honores la calificación de bien de interés cultural, cierra el ciclo festero en honor de nuestra excelsa Patrona o, si lo prefieren, el homenaje filial a María de los Mil Nombres que aquí responde por la advocación del Socorro, y al el oficio de guía en este tiempo de incertidumbres y crisis que padecemos, en estas horas en las que muchos isleños la invocan con fe para cubrir las necesidades materiales que les afligen, para perseverar en la lucha y en la esperanza.

No deseo que esta invocación reste a la fiesta un ápice de fe o una brizna de alegría y quiero que la entiendan, sincera y lealmente, como una prioridad que, desde el amor, presentamos a la Madre de todos los canarios y es que, desde su infinita misericordia, extreme su celo inagotable con las personas que más lo necesitan. Y que inspire a los poderes públicos para que, en estas horas duras que nos ha tocado vivir, sepan distinguir lo fundamental de lo accesorio, estableciendo las prioridades que demandan, con total legitimidad, la justicia social de las instituciones democráticas y la verdadera caridad que hace dos mil años predicó el Hijo de Dios.

La fe es, en primera instancia un compromiso y una expresión personal que, cuando coincide y confluye, como es este caso, con muchos fieles deviene en prodigio o, si ustedes lo quieren, en un milagro que, por sencillo y cotidiano, no reparamos en su auténtico valor, en su profundo sentido.

Dentro de ese colectivo que, desde hace siglos integra a tantas personas y suma tantos sentimientos, aparecen como retratos iluminados personalidades que unieron, a sus valores y característicos, la abnegada dedicación a Nuestra Madre Celestial. Los tres representan a ese colectivo innumerable que todo lo fiamos a los “milagros y loores de Nuestra Señora”, como cantó Gonzalo de Berceo, piedra sillar de la lírica castellana.

El primero de ellos era un castellano, piadoso y severo, nacido en Alcalá de Henares en 1543; Fray Alonso de Espinosa, sacerdote de la Orden de Predicadores y que, a la vez que contó la aparición y los milagros de Nuestra Señora de Candelaria, firmó el primer libro dedicado en su totalidad al Archipiélago Canario. Las noticias del padre Alonso nos relatan con hermosa fiabilidad como obró Nuestra Señora. Su pista se pierde con la publicación en 1594 en la animada

Sevilla, donde vio la luz su obra, pero esta se proyecta en el tiempo con un rigor y una calidad insólita y ha sido en las cuatro últimas centurias la referencia más importante de la vida prehispánica.

El segundo personaje cuya vinculación al culto mariano fue determinante también llegó de Sevilla; y licenciado en Salamanca fue el obispo Canariense y Rubicense en la segunda mitad del siglo XVII Monseñor García Jiménez, quien entre los mitrados misionales y residentes, ocupó el número 25 de orden.

En esa dirección, el matriarcado virginal de Canarias se asienta y consolida con sus sabias y generosas decisiones. La primera sin duda alguna, fue la construcción del primer gran Santuario con el que contó Nuestra Patrona de Canarias, un templo de tres naves, ambicioso y magníficamente dotado con imágenes y piezas de culto.

El mérito de este empeño es que la iglesia se levantó en apenas cuatro años – entre 1668 y 1672 – y pronto se convirtió en una referencia de toda la comarca y en el destino digno para los peregrinos que, desde todos los lugares de las Islas, acudían al enclave costero para las celebraciones de la Purificación y la Asunción.

Por su deseo Monseñor García Jiménez, estableció como última voluntad su enterramiento a los pies de Nuestra Señora, aunque su tumba se perdió bajo las ruinas del templo que fue destruido por un incendio en 1789.

Entra en este grupo ilustre, dedicado en cuerpo y alma a defender esa realidad hermosa que a todos nos honra, un hombre de nuestra tierra, que encarnó las virtudes de fe, voluntad y solidaridad que caracterizan a nuestro pueblo. Hablamos de un personaje excepcional del que, en este año de 2011, se cumplieron precisamente cincuenta años de su muerte. Querido y recordado monseñor Pérez Cáceres, “el obispo de los pobres”, un güimarero, permeable a las ilusiones y problemas de sus paisanos que, tras cursar sus estudios en el Seminario de Tenerife, ocupó distintos cargos en templos diocesanos – entre ellos, y por oposición, la parroquia que hoy nos acoge – y que fue Deán de la Santa Iglesia Catedral de los Remedios, antes de acceder al Obispado de Tenerife, que desempeñó con inteligencia, sentido común y caridad.

En una etapa difícil acometió la empresa de construir el recinto digno que demandaba el culto de La virgen de Candelaria y fue, a la vez que el procurador económico, el arquitecto espiritual de la Casa de Nuestra Señora.

Valgan estos ejemplos, estas vidas ejemplares, para saber que el motivo que hoy con convoca tiene, tan largo y tan hondo arraigo en nuestra historia y en nuestros corazones. Valgan sus hechos para hacer más firme nuestra voluntad y nuestro compromiso con un símbolo religioso e histórico que es una seña de identidad y de unidad de nuestro pueblo, un lazo invisible que nos une por el alma para las mismas causas, para las nobles causas que implican los intereses materiales y espirituales de nuestro pueblo.

A esa nómina ilustre y piadosa, unimos hoy con orgullo y satisfacción a monseñor Bernardo Álvarez Afonso que, con entusiasmo y celo, materializó la aspiración de conseguir el título de Basílica para el Templo

Hoy en momentos especialmente difíciles, Nuestra Señora, en la advocación de la Virgen del Socorro, para cuantos vivimos en esta tierra y le debemos sus divinos favores, y convocamos a la más auténtica y justificada Romería porque recuerda la aparición de nuestra Madre en la Playa del Socorro y recuerdo, como un sencillo peregrino – porque en esta comarca estuvo mi primer destino profesional – como la fe tiene un lenguaje especial, concreto, propio para cada fiel.

Desde ese sentimiento, llamamos a la fiesta que en honor de la Virgen María se celebra en gratitud a su eterna tutela, consuelo y socorro con nuestros padres y los padres de nuestros padres, con nosotros, con nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.

Esa es la verdad que, con sinceridad y honor, anuncio esta tarde, ante la amable atención y la piedad que nos ha reunido, en esta hermosa iglesia, con este noble pueblo.

Muchas gracias y felices fiestas,

Antonio A. Castro Cordobez
Presidente del Parlamento de Canarias